

CAROLE
WILKINSON

DRAGONKEEPER



DESTINO

CAROLE
WILKINSON



DRAGONKEEPER

DESTINO

*Para John, que fue el primero en presentarme a los dragones, y para
Lili, mi editora y sabia consejera*

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Dragonkeeper*
© del texto: Carole Wilkinson, 2003

© de la traducción: Raquel Solà, 2005
Ilustración de cubierta: Alamy
Publicado mediante acuerdo con Walker Books Limited, London SE11 5HJ.
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2023
ISBN: 978-84-08-26705-8
Depósito legal: B. 5.202-2024
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Los confines del imperio

*Lan la miró ceñudo, con la aversión que reservaba a las ratas,
las arañas y la carne podrida. La única vez que sonrió
fue para burlarse de la estupidez de la esclava.*

Un cuenco de bambú voló por el aire hacia la cabeza de la pequeña esclava, que se escabulló con habilidad. Tenía mucha experiencia en esquivar objetos voladores: desde piedras de tinta hasta huesos de pollo.

Su amo se desplomó de nuevo sobre la cama, agotado por el esfuerzo de lanzar el cuenco.

—Da de comer a los animales, desgraciada.

—Sí, amo Lan —contestó la niña.

Lan la miró ceñudo, con la aversión que reservaba a las ratas, las arañas y la carne podrida. La única vez que sonrió fue para burlarse de la estupidez de la esclava.

—Y no te entretengas —añadió.

—No, amo Lan.

La niña salió de la casa de su amo, al tiempo que una jarra de vino vacía volaba en dirección a la puerta.

Aquel día hacía un frío glacial. La nieve crujía bajo las zapatillas de paja de la niña esclava mientras esta se apresuraba hacia los establos. El cielo, de aspecto plomizo, amenazaba con una nueva nevada.

La pequeña esclava no sabía cómo se llamaba ni qué edad tenía. Vivía en el palacio Huangling desde que sus padres la habían vendido a Lan cuando aún era muy pequeña. El verano anterior, Lan le había gritado que era muy tonta para tener diez años. Sin embargo, puesto que ella solo sabía contar hasta diez, ignoraba cuántos años tenía ahora.

La montaña Huangling era una más de las muchas colinas yermas que formaban la cordillera que delimitaba la frontera occidental del imperio Han. Durante todo el invierno, se formaba sobre ella una capa de nieve que llegaba hasta la cintura, y la montaña sufría el azote de vientos gélidos. En verano, el aire era tan ardiente que era como respirar fuego. El padre del emperador se había hecho construir un palacio en aquel remoto lugar para que el mundo supiese lo vasto que era su imperio, pero desafortunadamente quedaba tan lejos de cualquier parte que pocos llegaron a verlo.

El palacio estaba rodeado por una muralla de adobe alta y la puerta de entrada se encontraba en el lado oriental de la misma. La residencia del emperador ocupaba más de las tres cuartas partes de los terrenos del palacio, mientras que los establos, los almacenes y las dependencias de la servidum-

bre se apiñaban en el terreno restante. Desde que la niña esclava estaba en Huangling, nunca habían recibido una visita imperial; los elegantes salones y estancias, los jardines y pabellones siempre estaban vacíos. Los esclavos tenían prohibido entrar en el palacio. El amo Lan había advertido a la pequeña que si alguna vez entraba, la molería a golpes. Él iba a palacio de vez en cuando, pero siempre regresaba enfadado. Se quejaba del espacio desaprovechado, los aposentos sin utilizar, los muebles cubiertos con telas, mientras que él tenía que dormir en su humilde casa de una sola habitación con goteras.

Comparada con el rincón del establo del buey donde la pequeña esclava dormía sobre un montón de paja, la casa del amo Lan era lujosa. En ella había una estera extendida sobre el suelo de tierra, y de la pared colgaba la imagen de un dragón sobre un fondo de seda azul. La lumbre ardía durante todo el invierno, y un ingenioso sistema de tuberías conducía el calor para calentar la cama del amo. Incluso la cabra disfrutaba de un hogar mejor que el de la niña esclava.

Sin embargo, ella no iba a dar de comer a la cabra, ni a los bueyes que mugían tristemente en sus pesebres. Tampoco a los cerdos o a las gallinas. En el rincón más alejado del palacio, más lejano del imperio, tras las dependencias de la servidumbre, detrás de los establos y cobertizos, se hallaba otro recinto para animales. Se trataba de un foso cavado en el suelo, una mazmorra tallada en la roca viva de Huangling, y la única entrada a él era una rejilla con bisagras, que

no estaba hecha de bambú, como las de los recintos de los otros animales, sino de bronce.

La niña esclava vestía pantalones con parches en las rodillas, demasiado cortos para ella, y una chaqueta raída con muchos remiendos. Era la única ropa que tenía. El viento gélido soplaba con fuerza por el patio y atravesaba sin dificultad la desgastada tela de sus harapos, incluso por delante, donde los extremos se sobreponían y la envolvían. La pequeña miró al interior del foso, pero no distinguió nada en la oscuridad del fondo. Deslizó el pasador, levantó la reja, bajó la escalera tallada en la roca y se estremeció. No por el frío. No por la oscuridad. No por el olor a aire viciado que salía a recibirla desde la mazmorra. Había algo más que no sabía definir y que la inquietaba. El foso siempre le producía ese efecto, como si algo la esperase en la oscuridad. Algo peligroso y amenazador. No eran las criaturas que vivían en él las que le causaban aquella inquietud. Aunque eran grandes, de afilados dientes y garras, ella no les tenía miedo. Eran unos especímenes poco corrientes, distintos a los animales de granja que ella cuidaba y, por lo que podía apreciar, carecían de utilidad para nadie. Eran dragones.

Estaba oscuro, y olía a orina y a paja podrida. Hacía mucho que nadie limpiaba el foso. La niña se retiró de la franja de luz tenue y fragmentada que penetraba en la oscuridad a través de la reja. Avanzó arrastrando los pies, mientras deseaba haber llevado consigo un candil. Pero el amo Lan le había prohibido semejante derroche de aceite. Sus ojos, poco

a poco, se acostumbraron a la oscuridad; ahora el retazo de luz bajo la reja le parecía brillante.

Los dragones dormían en el rincón más oscuro del foso. Tan solo quedaban dos, aunque la niña recordaba que antes había cuatro. Lao Ma, la anciana que se ocupaba de limpiar el palacio, se acordaba del día que llegaron los dragones, cuando era una cría. Lao Ma explicaba que, por aquel entonces, había una docena de aquellas criaturas o incluso más. La niña esclava se preguntaba qué les habría pasado al resto de ellas.

Cuando la pequeña se aproximó, las criaturas no se movieron. Nunca intentaban agredirla; no obstante, ella tenía la corazonada de que le ocultaban su verdadera naturaleza. La pintura del dragón en la casa del amo Lan mostraba una imponente y serpenteante criatura dorada, que brillaba entre las nubes. A causa de la tenue luz que entraba en el foso, le resultaba difícil apreciar qué apariencia exacta tenían los dos dragones imperiales. Lo cierto era que no parecían magníficos; bien al contrario, su aspecto era apagado y gris. Sus escamas no relucían. No volaban. Sus cuerpos eran largos y escamosos, y estaban echados todo el día, enroscados como montones de cuerda gruesa encima de la paja sucia.

El amo Lan era el guardián imperial de los dragones. El sello de su cargo colgaba del extremo de una grasienta cinta que llevaba atada a la cintura. Se trataba de un rectángulo de jade blanco con caracteres tallados en un extremo y el relieve de un dragón en el otro. El trabajo del amo Lan consistía en alimentar y cuidar a los dragones imperiales. En

principio, el de la niña era dar de comer a los animales de la granja y ocuparse de las necesidades personales del amo Lan, esto es, prepararle la comida, remendar sus ajadas prendas de seda y limpiar su casa. Pero el guardián de los dragones era un hombre perezoso, de modo que, a medida que la niña crecía, le encomendaba cada vez más y más trabajo del suyo, mientras él se pasaba el día tumbado en la cama, comiendo, bebiendo vino y quejándose.

Todo era culpa del emperador, decía el amo Lan. Los dragones imperiales, en realidad, pertenecían al palacio imperial de Chang'an. Así es como había sido durante milenios. Un adivino examinaba a diario el comportamiento de los dragones para predecir el futuro del emperador. Si los dragones retozaban alegremente en los jardines de recreo era un buen augurio para el imperio, pero si se mostraban de mal humor y no comían era un mal presagio.

Tiempo atrás, cuando el actual emperador era un niño, uno de los dragones había mordido a su padre, el emperador por aquel entonces, y el pequeño se había asustado de las bestias. Tan pronto como llegó al poder, hizo trasladar a los dragones lo más lejos posible, a la montaña de Huangling. Desde entonces, no pasaba un solo día en que el amo Lan no se quejase de que él debería estar en Chang'an.

La niña esclava dejó en el suelo el cuenco de puré de taro y mijo que había preparado para los dragones.

—¡A cenar! —exclamó.

Un dragón se movió. La niña apenas distinguía su silue-

ta. La criatura levantó su hocico y olisqueó la comida, luego apartó la cabeza.

—Bestia desagradecida —murmuró la pequeña.

El cuenco de comida que les había llevado por la mañana aún estaba allí intacto, igual que lo había dejado, a excepción de lo que las ratas habían mordisqueado por los bordes.

La niña esclava alimentaba a los dragones desde que el amo Lan decidió que le dolían las rodillas y no podía subir y bajar los escalones de la mazmorra cada día. De eso hacía ya casi un año.

Los bueyes mugían cada vez que ella pasaba cerca del establo. La cabra movía el rabo cuando ella la alimentaba. Incluso las gallinas agitaban las alas ansiosas cuando les llevaba la comida. Sin embargo, durante todo aquel tiempo, los dragones apenas la habían mirado.

—Iba a cambiaros la paja, pero ahora tendréis que esperar —refunfuñó la niña.

Recogió el cuenco con la comida que acababa de llevarles: no merecía la pena malgastarla en aquellos animales tan ariscos. Primero debían comerse el puré de la mañana.

Se escuchó un leve crujido, y una naricita asomó entre la paja y olisqueó el aire. Por debajo de la nariz sobresalían dos dientes grandes y amarillos. Al hocico le siguió una cabeza de color pardo, un cuerpo gordo y peludo y, finalmente, una larga cola.

El rostro ceñudo de la niña mudó en una sonrisa.

—¿Eres tú, Hua?

Se trataba de una rata grande. La niña la alzó del suelo y

la abrazó, se la acercó al rostro y sintió la suavidad de su pelo en la mejilla.

—Esta noche cenaremos bien —dijo a la rata—. Tenemos taro y mijo, y, si puedo robar un poco de jengibre de la cena del amo Lan, nos daremos un festín.

La rata miró nerviosamente a los dragones.

—No tengas miedo, no te harán daño —dijo la niña.

La pequeña metió a Hua dentro de su chaqueta, muy cerca del trozo de bambú con un desgastado carácter grabado que colgaba de su cuello. Lao Ma le había contado que ya lo llevaba el día que llegó a Huangling. La niña desconocía el significado del carácter, pues ni ella ni Lao Ma sabían leer.

Subió corriendo la escalera de piedra.

La niña esclava estaba preparando la cena de su amo en la cocina de los sirvientes, cuando este se acercó sigilosamente tras ella, por sorpresa, y la sobresaltó.

—¡He encontrado excrementos de rata en mi cama! —gritó el guardián de los dragones—. ¡Te dije que acabases con esta dichosa plaga!

—Lo hice, amo Lan. Como me ordenaste —respondió la niña, con la esperanza de que Hua se estuviese quieta dentro de su chaqueta.

—¡Mientes! —gruñó su amo—. ¡Si la encuentro, la echaré viva en agua hirviendo!

Agarró el cuenco de lentejas que estaban en remojo, des-

tinadas a ser la cena de la niña, y las arrojó al patio. Las lentejas quedaron esparcidas por la nieve.

Olió el estofado.

—¡Si no echas cebolla en mi cena, te daré una paliza!
—gritó.

La niña no había podido poner ninguna en el guiso de su amo, pues ya no quedaban cebollas en la despensa de Lao Ma.

La pequeña esclava corrió hacia la puerta. No hacia las grandes puertas con goznes de bronce que siempre estaban cerradas, sino hacia una puertecilla hecha de cañas de bambú, que se encontraba detrás del cobertizo de la cabra. Al otro lado de las murallas del palacio había unos cuantos árboles frutales (algunos manzanos raquíuticos y algunos cerezos medio muertos), el huerto con unas pocas hortalizas y el resto del mundo. Casi todo el huerto estaba cubierto de nieve, pero quedaba un rincón que el jardinero mantenía despejado. Bajo un montón de paja, la niña encontró unas cuantas cebollas congeladas que asomaban tímidamente sus tallos a través del frío suelo. Empezó a golpear la tierra helada con su cuchillo, pero estaba dura como una piedra. Entonces, cortó los tallos mustios, con la esperanza de que al menos darían algo de sabor al guiso del amo.

Se sentó sobre sus talones. Una mancha de colores anaranjados teñía el horizonte. En algún lugar, más allá de las nubes, se ponía el sol. Se preguntó qué es lo que estaría haciendo en aquel instante si no la hubiesen vendido como esclava. ¿Sería feliz? ¿Estaría sentada en un hogar acogedor

con sus padres? ¿Quizá tendría hermanos y hermanas? ¿Tendría el estómago lleno?

Varias veces había pensado en escapar de Huangling. Sería bastante fácil. Pero ¿adónde iría? Escrutó el horizonte en todas direcciones. No había nada excepto montañas cubiertas de nieve que se perdían en la distancia poco a poco, difuminándose del blanco al gris en el crepúsculo.

No había pueblos ni remotas guarniciones. Por no haber, no había ni un árbol a la vista. Observó un águila de nieve solitaria que planeaba en la distancia y llegó a la misma conclusión a la que había llegado otras veces que había pensado en escapar; a menos que le salieran alas, estaba obligada a permanecer en Huangling. Se puso en pie y regresó al interior de la casa para terminar de preparar la comida del amo Lan.

Después de servirle el estofado, salió al exterior a recuperar su comida, que aún estaba esparcida por la nieve. Le llevó más de una hora, arrodillada en el frío y la oscuridad, encontrar al menos la mitad de las lentejas. Estaba contenta de haber robado el puré de taro y mijo de los dragones. Sin ello, su cena habría sido muy frugal. Añadió las lentejas a una cazuela de agua hirviendo.

De un trozo de cuerda de cáñamo raída, que llevaba atada a la cintura, colgaba una bolsa de cuero. En ella la pequeña guardaba un oxidado cuchillo de hierro, además de sus posesiones secretas: una horquilla para el pelo que le había dado el hombre que les llevaba las provisiones dos veces al año, un trozo de madera desgastada tallada en forma de pez

y una pluma de águila blanca. Sacó el cuchillo y cortó el trozo de jengibre que había apartado de la cena de su amo. Lo añadió a la olla con el taro y el mijo.

Se dirigió a la casa del amo Lan a recoger los platos sucios y lo encontró roncando, despatarrado en la cama. Recogió el cuenco tirado bocabajo, la copa de vino y también una lámpara de bronce en forma de carnero que estaba al lado de la cama de su amo. Regresó a la cocina y sacó una pequeña jarra de arcilla repleta de aceite que mantenía escondida detrás de la lumbre. Llenó el candil.

—Vamos, Hua; mientras se hace nuestra comida exploremos el mundo —dijo la niña esclava, al tiempo que cogía a la rata y la metía en su chaqueta.

El amo Lan la azotaría si descubriese que cada vez que encendía un candil para él, reservaba un poco de aceite para ella. Bastaba con una gota o dos cada noche, pero, poco a poco, recogía lo bastante para alumbrar un candil.

Cuando salió al exterior cubrió la lámpara con la chaqueta, por si algún sirviente del palacio rondaba por allí, aunque no era demasiado probable. Los hombres eran tan viejos como Lao Ma y acostumbraban a acostarse temprano. La niña se agachó y pasó a través de un claro que había en la glicina que separaba el palacio de las dependencias de los sirvientes, los establos y otros edificios desagradables a la vista. La planta también evitaba que los otros sirvientes descubriesen que la niña hacía visitas secretas al palacio. Echó un vistazo al cielo oscuro. Esperaba que las nubes la ocultasen de la mirada de los dioses. Atravesó los sombríos jardi-

nes y abrió la puerta del vestíbulo de la Flor de Jade. El candil iluminó con su débil luz un pequeño círculo en el suelo, y la niña avanzó por un corredor oscuro. Este era su placer secreto, explorar el palacio mientras todo el mundo dormía.

El amo Lan siempre decía que Huangling era pequeño comparado con los palacios de Chang'an, pero a la niña esclava le parecía inmenso. Cada vez que en sus excursiones nocturnas visitaba el palacio, recorría una habitación distinta. En una ocasión había entrado en los aposentos del propio emperador e incluso se había atrevido a sentarse en su cama, que era tan grande como un campo de trigo. Esta vez se dirigió a un pequeño salón, donde las mujeres de palacio, si es que había alguna, debían de pasar el día. Era una de sus habitaciones favoritas. Alzó el candil. El círculo de luz se trasladó del suelo a la pared e iluminó la pintura de una montaña con un minúsculo edificio en la cima. La montaña, de una altura imposible, dominaba una llanura, y sus pendientes aparecían sembradas aquí y allá de minúsculos árboles retorcidos y nudosos, pero aun así parecía hermosa.

La niña alzó a la rata para que pudiese ver la pintura.

—¿Crees que el mundo es así, Hua? —susurró.

La rata torció el hocico y movió sus bigotes.

Con la luz del candil, la pequeña recorrió toda la pared hasta llegar a un tapiz de seda colgado. En él había pintado un jardín en el que se veía un lago con un puente que lo atravesaba en zigzag. El jardín estaba repleto de flores de todos los colores: rosa, azul, púrpura pálido, amarillo intenso... La niña no sabía los nombres de las flores. Nunca había

visto crecer nada en Huangling que tuviese unos colores tan brillantes.

—¿Crees que en realidad existen estas flores? —dijo a la rata.

En verano, algunas peonías abrían apenas sus pétalos en los descuidados jardines de Huangling, pero, comparadas con las fantásticas flores del jardín pintado, parecían mustias y pálidas. A ella le gustaba pensar que, en algún lugar del mundo, había cosas tan brillantes y bellas como aquellas flores, pero dudaba de que realmente existiesen.

—Es como si los pintores representaran el mundo tal como les gustaría que fuese —susurró a la rata—. Los lugares como estos, en realidad, no existen.

Su estómago protestó.

—Vamos a comer —dijo.

Ya en la cocina, la niña se aseguró de que el aceite de la lámpara estuviese exactamente en el mismo nivel que antes, pues el amo Lan tenía la costumbre de comprobarlo. Se sirvió la cena en un cuenco de madera y luego entró de puntillas en la casa de su amo para sentarse junto al fuego. Hua salió de su escondite dentro de la chaqueta.

—Toma, Hua —dijo la niña, y colocó un segundo cuenco pequeño de madera con comida en la chimenea. La rata comió con glotonería.

Hua no había sido siempre la mascota de la niña. Un día la pilló robando un muslo de gallina (que ella había escamoteado a su vez al amo Lan). Se puso furiosa e intentó golpear a la rata con un leño, pero el animal era rápido y escapó fá-

cilmente. En otra ocasión se despertó una noche y descubrió al roedor mordisqueándole los dedos. La pequeña estaba decidida a atrapar a la rata y construyó una trampa hecha de finas cañas de bambú. Sin embargo, cuando la capturó no tuvo valor para matarla. Decidió que era una criatura bastante bonita, con su pelo pardo y brillante, las orejas rosadas y la cola flexible. La llamó Hua, que significa flor, y empezó a domesticarla. La rata respondió bien. Al cabo de poco tiempo ya era bastante dócil y se convirtió en el mejor y único amigo de la niña.

Cuando el amo Lan descubrió que tenía una rata como mascota, le ordenó matarla. Por esa razón, tenía que mantener a Hua fuera de su vista. Así fue como se le ocurrió la idea de esconderla entre los pliegues de su chaqueta.

La niña se acurrucó al lado del fuego para disfrutar de la comida y del calor en paz. Era su momento favorito del día.

—La vida no está tan mal, ¿verdad, Hua?

La rata estaba echada, satisfecha delante del fuego.

—Hemos salido a ver mundo —añadió la pequeña—, tenemos el estómago lleno y podemos calentarnos las manos y los pies al lado del fuego.

El roedor se puso panza arriba para que ella pudiese rascarle la barriga.

—Y nos tenemos la una a la otra —concluyó.